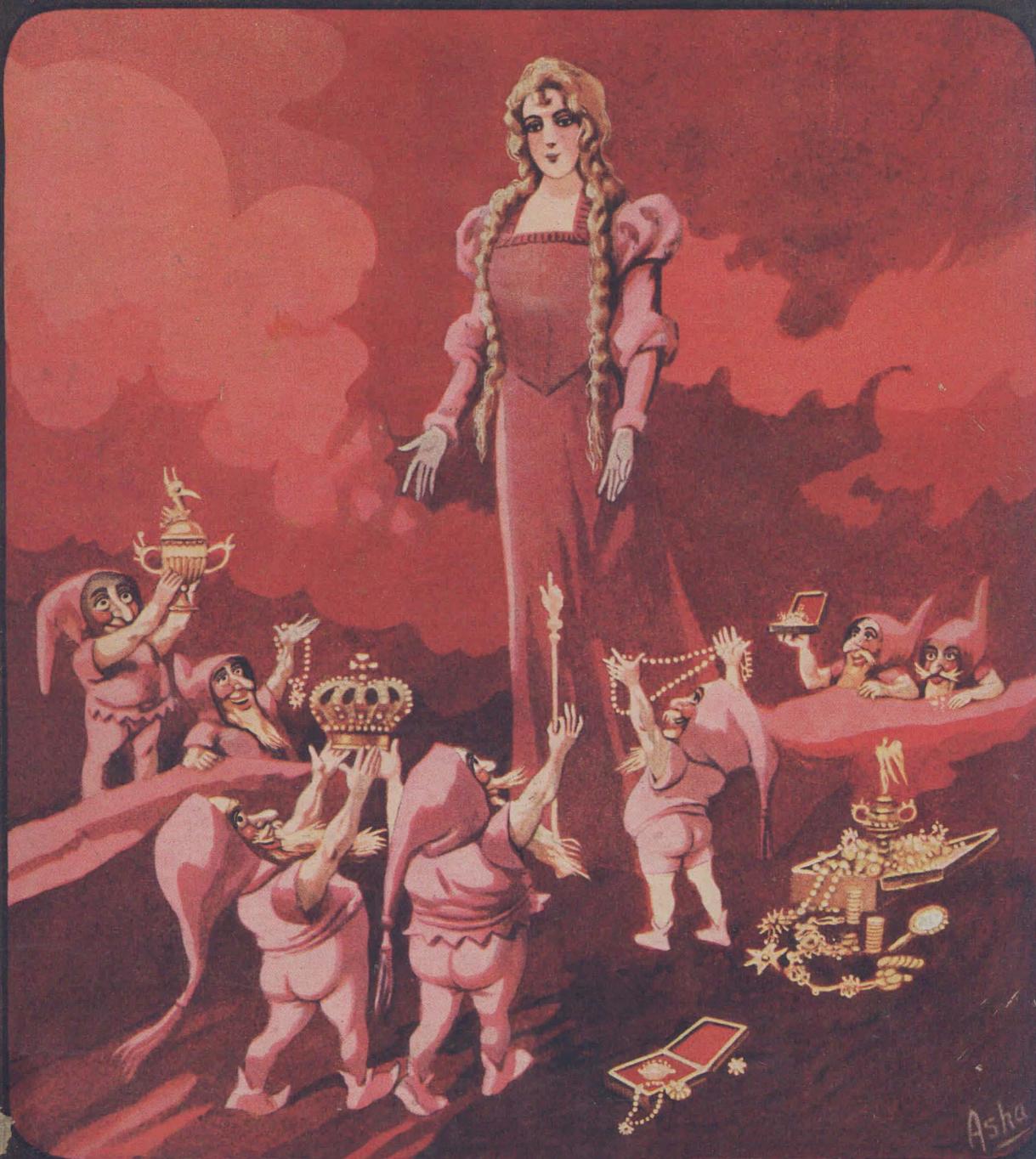


# LA HIJA DE JUAN PALOMO



Ramón Sopena Provenza 95 Barcelona



00133315

95

APROBACIÓN ECLESIAÍSTICA

VICARIATO GENERAL  
DE LA  
DIOCESIS DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT  
EL CENSOR,  
**AGUSTÍN MAS FOLCH**

Barcelona 10 de enero de 1922.

**IMPRIMASE**  
EL VICARIO GENERAL  
**FRANCISCO DE P. PARÉS**

FOR MANDADO DE SU SRÍA.  
*Lic. Salvador Carreras, pbro.*  
SCRIO. CANC.

BIBLIOTECA PARA NIÑOS

LA HIJA  
DE JUAN PALOMO

POR

FEDERICO TRUJILLO



RAMÓN SOPENA, Editor.

Provenza, 93 a 97.—BARCELONA

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

Derechos reservados.

# LA HIJA DE JUAN PALOMO

(CUENTO)

---

## CAPÍTULO PRIMERO

En Fanfarria, gran ciudad del bello país de la Bagatela, hubo cierta vez una magnífica hostería que regentaba un cocinero llamado Palomo, el olor de cuyos guisos exquisitos llegó a los más remotos confines del reino. No dicen las crónicas si el tal Palomo era aquel del refrán que se comía lo que guisaba, pero quizá fuera un sobrino suyo, porque éste, si bien guisó mucho, entre comérselo o cambiarlo por buenas y relucientes monedas de plata, y aun de oro, optó por lo segundo, con lo que llegó a ser el más afamado y rico hostelero de la comarca. Lo que sí aseguran los cronistas es que Palomo era un cocinero capaz de eclipsar las glorias de Brillat Savarin, si éste hubiera existido entonces, y que tenía una hija lla-

mada Margarita, y un oficial de cocina pariente suyo, conocido por Cucufate; aquélla, rubia como una onza, linda como un sol y de unas quince primaveras, y éste, bronco, feo y rollizo, y más tonto que el que mandó asar la manteca.

No creáis, mis pequeños lectores, que por tonto era torpe en su oficio Cucufate, que en aquello de asar un pollo o preparar una truchuela o un pastel de liebre, así como en dar punto a las compotas y mermeladas y toda clase de dulces y confituras, no tenía rival, tanto que pensó el buen Palomo tomarle por yerno y consocio en la dirección de *Los Dos Juglares*, que así se llamaba la hostería de mi historia.

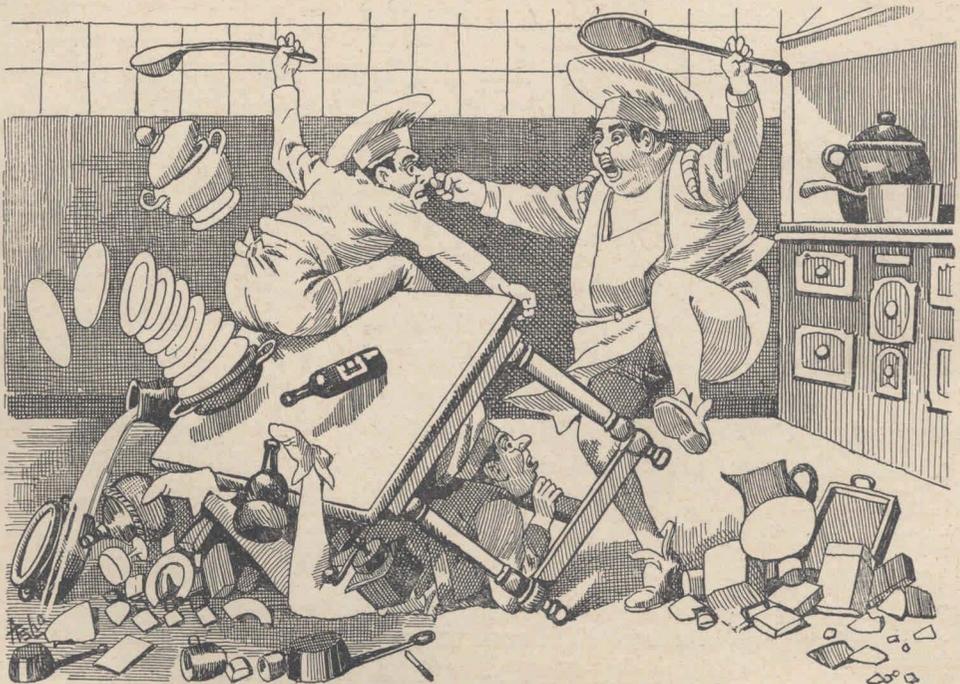
Cucufate era un sabio en su

FEDERICO TRUJILLO

arte; pero, fuera de éste, aun en las cosas más naturales de la vida, era tonto y de los de peor condición, pues sabréis que en esto de la tontería las hay de varias clases y maneras, y por esto los tontos pueden clasificarse en tontos discretos, que son aquellos que disimulan tan bien su tontería que a veces llegan a confundirse con los listos. De éstos está el mundo lleno y es difícil dar un paso sin toparse con una docena. Tontos de conveniencia que son los que, a costa de su simplicidad, viven y medran, haciendo de ella mercadería, muchas veces riéndose del mundo entero. Tontos de remate, que Dios nos libre de

ellos, porque todo lo embrollan y confunden con su torpeza. Y, por último, tontos de mala intención, que son los de peor calaña.

A este género pertenecía Cucufate, y, por tanto, conviene saber que tenía un genio endiablado, y por un «quítame allá esas pajas», casi siempre sin razón, la emprendía a golpes con los pinches y marmitones, y con cuantos quisieran aguantar sus malas pulgas. No hay por qué decir que Margarita, encantadora doncella adornada con los más tiernos sentimientos, no le podía ver ni en pintura, pero a la fuerza hubo de tragar la simplicidad de su primo, por-

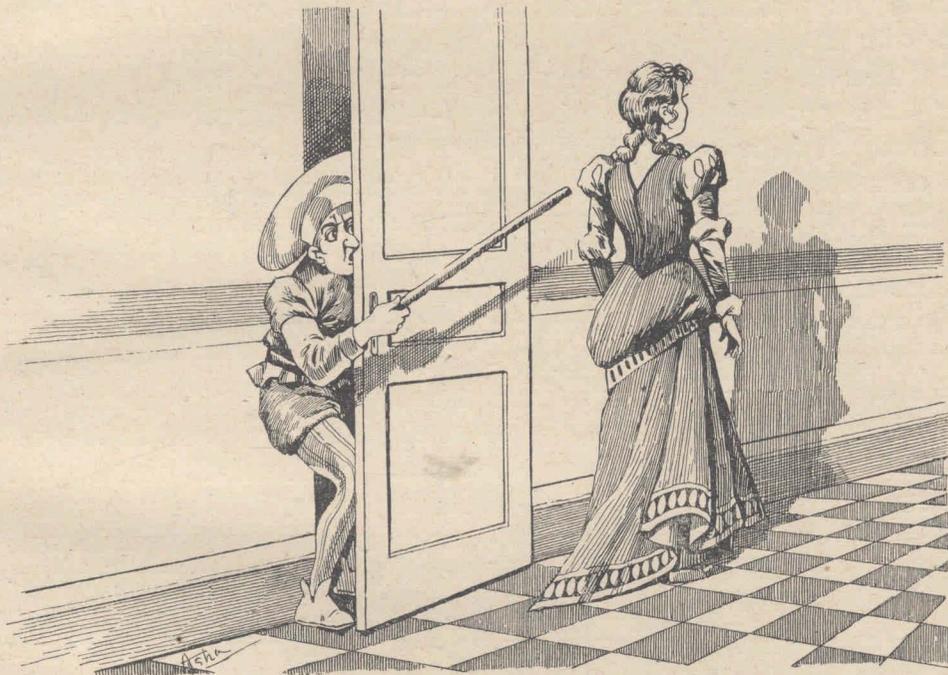


que su padre así lo quería, y diente. Éste se reía de las burlas era éste hombre muy bueno de la muchacha, y decía por lo pero testarudo como un vizcaíno.

En vano fué que llorase su desventura, y que con las lágrimas se la viera adelgazar por días y perder la color; fué inútil que le hiciera presente que ella sólo podía amar a Fausto, un

—¡Búrlate, búrlate lo que quieras! Cuando nos casemos ya verás si te pongo más suave que un guante.

Y acariciaba con delectación un grueso garrote que hubiera estado muy bien midiendo sus



joven médico talentado, gallardo y hermoso como Adonis, pero pobre como una rata, que esto de ganar poca plata los hombres que viven del estudio y de la ciencia ha sido achaque de todos los tiempos.

De nada valieron a Margarita los continuos desaires de que hacía víctima al imbécil preten-

propias espaldas. Y así estaban las cosas: Palomo, erre que erre en el casorio; Cucufate, triunfante entre sus peroles y sartenes; Margarita, llorando como una Magdalena, y Fausto buscando el modo de hablar con su novia a hurtadillas, cuando grandes acontecimientos vinieron a cambiar el rumbo favo-

rablemente para los cuitados amantes.

Y ocurrió que Cucufate comenzó a notar que los tarros de mermeladas y las fuentes de natillas, y las bandejas de piñonates, pastas y pasteles, amanecían incompletos, y rota aquella uniformidad artística, aquella presentación que tanto agradaba a los parroquianos de *Los Dos Juglares*.

Cucufate se desesperaba. ¿Quién era el malandrín que osaba penetrar en su despensa y comerse los dulces y confituras? ¿Por dónde entraba el ladronzuelo, si él tenía la precaución de cerrarlo todo con varias llaves y candados? ¿Como no entrara por el ojo de la cerradura o por la claraboya que apenas si daba paso a la cabeza de un niño y tenía dos barrotos en cruz!

Pero lo que más le desesperaba al terrible Cucufate era la contumacia de aquel ladrón invisible que le robaba en sus propias barbas las pastas más sabrosas, las frutas almibaradas y los mejores pastelillos.

—¡Vaya, esto es cosa de brujas!—dijo un día, indignado; y, sin encomendarse a Dios ni cosa parecida, se fué a ver a la señora Mochuelo, que era muy ducha en ciencias ocultas, y a quien contó el caso con sus más pequeños detalles.

La vieja se fué con el cocinero a la despensa, donde hizo una ligera inspección ocular, y después le dijo a Cucufate, enseñándole una fuente de natillas y riendo con su risita cascada:

—No me cabe duda. Es un duende, un duendecillo el que te roba. He aquí grabadas sus manos: son como pétalos de rosa.

—Pero, señora Mochuelo, ¿es cierto que existen los duendes? ¿Y qué son los duendes?

—Pues los duendes son—dijo engañándole—unos seres intermedios entre los espíritus y los hombres, y poseen poderes sobrenaturales. Estos poderes mágicos les permiten adoptar diferentes formas y hacerse invisibles, valiéndose en muchos casos de sus alas, y cuando carecen de ellas, de cualquier objeto, como un bastoncillo, una capa o un sombrero. Desde luego puedo asegurarte que el duende que tanto te molesta es un duendecillo alado.

—¿Y dónde viven esos seres misteriosos, que nunca los he visto?—preguntó Cucufate a la maga que tan enterada estaba de la vida y milagros de los duendes.

—Los duendes, hijo mío—respondió la vieja con aires de doctora—, viven en comunidad, y se dedican con preferencia a la metalurgia, y por eso los duendes trabajan, en general, bajo la tie-

rra, de donde extraen los metales y las piedras preciosas. Se ocultan a las miradas del hombre y habitan en regiones maravillosas y fantásticas, donde sólo se puede penetrar por galerías que abren a grandes profundidades.

Hay dos clases de duendes: los duendes blancos, que viven sobre la tierra, y los duendes negros, que habitan en los subterráneos. Son hermosos y bien proporcionados, salvo algunos casos en que son enanos contrahechos, como los gnomos de Alemania, y a todos les gusta vestir trajes de vivos colores. Tienen gran afición a la música, y por la noche, a la luz de la luna, forman enormes corros en los que si consiguen que entre un mortal lo encantan y arrastran a sus dominios.

Si se les hace algún daño, son vengativos y crueles, y golpean y hacen tropezar y caer al que los ha molestado, produciéndoles graves complicaciones en su vida y hasta en algunas ocasiones la muerte. Aunque también viven a flor de tierra durante el día, casi siempre desaparecen con la luz del alba, disgustándoles mucho que les sorprendan en sus quehaceres y diversiones los mortales, a los que, en este caso, castigan duramente.

Ellos conocen todos los secretos de la Naturaleza, dan la apa-

riencia del oro a objetos despreciables, habiéndose visto casos en que han hecho pasar por monedas de oro un puñado de hojas secas. También adivinan dónde se hallan las cosas desaparecidas, y aunque, salvo raras excepciones, son buenos, gustan de robar muchachas bonitas para hacerlas sus esposas y, sobre todo, reinas de sus fantásticos países. Enemigos de la pereza, hostigan con sus bromas a los holgazanes, y no haciéndoles daño, se muestran generosos y agradecidos y asisten a quien les hace un bien en sus apuros y en sus trabajos, y hasta en las faenas caseras, atizando la lumbre y espumando la olla, contentándose por todo premio con una escudilla de leche o un tarro de dulce.

—Pues nos hemos lucido, señora Mochuelo, porque, ¿quién es capaz de luchar con un ser dotado de tantas gracias y habilidades?—respondió el cocinero.

—No te apures, Cucufate, que nosotros le cogemos vivito y coleando. De nada le valdrán sus mañas y hechicerías. Yo te daré preparada un agua con raíz de beleño y esencia de adormideras. Arreglas una confitura con unas cuantas gotas y la pones en lugar muy visible, y ya verás, ya verás cómo hace su efecto el narcótico... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!...

Y la bruja, al reír, parecía una corneja.

—Pero oiga, comadre—dijo Cucufate, cuando se despidió de ella, dejándola en su gruta llena de murciélagos, lagartijas y sapos vestidos con pellicas y gorros de colorines—: ¡Y cómo voy a ver al duende, si dice que los duendes son invisibles?...

—Porque mientras están dormidos son visibles como los demás mortales. Cuando lo cojas le cortas las alas y perderá para siempre el don precioso de ocultarse a las miradas de los humanos.

Y la señora Mochuelo hirvió un líquido negruzco en una cacerola ante la que hizo tremendos conjuros con su varita de avellano, diciendo varias frases en caldeo, que es el idioma de los astrólogos y de los brujos. Durante el conjuro un enorme cuervo de rostro grave y meditabundo, revoloteando en torno de la bruja y aplicando su pico a los oídos de ella, parecía decirle

secretos de su ciencia milenaria.

Luego, la señora Mochuelo, echando poco más de un centilitro de aquel líquido en una redoma, se lo dió a Cucufate, que, en cambio, entregó a la bruja una moneda de plata, diciéndole:

—De oro se la daré, si tengo la suerte de pescar al ladrón, pero le juro que, como le coja, mi venganza será terrible.

—No te excedas en el castigo, Cucufate—respondió la anciana, que, aunque viviera de la hechicería, en el fondo era una buena mujer—. Mira que el delito es bien pequeño, y que el duende es un ser diminuto y más débil que un niño. Yo te aconsejaría que le castigaras haciéndole comer un caramelo de acíbar. Es el mayor castigo que pudieras darle. Ya verás qué cara más graciosa pone, y cómo, si le dejas en libertad, no vuelve jamás a molestarte.

## CAPITULO II

Apenas el duendecillo penetró en la despensa, le atrajo el olor de la rica mermelada que su mal había preparado Cucufate

—¡Pardiez!—dijo leyendo la etiqueta y relamiéndose de gusto no bien divisó el frasco causa de su delicia—. ¡Dulce de ciruela! ¡Dónde he comido yo esto? ¡Ah, sí; una vez en la despensa del real palacio! ¡por cierto que estaba muy bueno! ¡Nos daremos otro hartazgo!...

Y ni corto ni perezoso, destapó el tarro de arcilla que le llegaba a la cintura y comenzó su obra. ¡Qué rico estaba aquello!... Y se relamía con su lengüecita semejante a la de un pajarito, repitiendo a cada paso:

— ¡Qué dulce! ¡qué sabroso! ¡qué rico está!

No hay placer semejante al del

monios! ¡Ellos sí que merecían pena de azotes!

Con estas reflexiones y cucharada a cucharada, llegó a más de medio tarro, y, dándose por satisfecho, se descolgó del bazar, y como la cocina estaba sola, estuvo corriendo sobre el fogón y jugando con peroles y sartenes sin perjuicio de probar



goloso cuando saborea un dulce que agrada a su paladar. La golosina es el vicio de los niños, y aun hay hombres que castigan sin duelo a los niños golosos. ¡Ellos, que beben aguardiente, que abrasa el gáznate, y fuman esos cigarros pestilentes que enferman el pecho y saben a de-

monios! ¡Ellos sí que merecían pena de azotes!

Con estas reflexiones y cucharada a cucharada, llegó a más de medio tarro, y, dándose por satisfecho, se descolgó del bazar, y como la cocina estaba sola, estuvo corriendo sobre el fogón y jugando con peroles y sartenes sin perjuicio de probar

De este modo le sorprendió Cucufate, que dió un grito de asombro y alegría.

¡Qué bonito era el duende,



aquel hombrecito minúsculo que apenas si tenía un palmo de pies a cabeza! Su cara, a la que daba realce una rubia y sedosa melena, parecía de nácar y eran delicadas y perfectas sus facciones. Este muñequito encantador vestía unas calzas de malla finísima, un tabardo de terciopelo, sujeto al talle por un cinturón de cuero del que pendía diminuta espada, y un justillo de seda azul celeste; y calzaba unos botines granate, de retorcida punta. Dos alas semejantes a las de los cícnifes, adornaban sus espaldas. Era, como digo, todo él muy mono y lindo, pero su gracia y pequeñez no movió a Cucufate a

risa ni a compasión; antes al contrario, irascible, dióse gran prisa a cortarle las alas y a sujetarle cual si fuera un bandido peligroso, valiéndose de unos gruesos cordones de seda. El duende, al sentir la amputación de sus alas, se despertó exhalando un grito doloroso.

—¡Hola, goloso! Parece que despiertas, ¿eh? Buen atracón te has dado. ¿Estaba muy dulce la mermelada?—dijo Cucufate.

—¡Por Dios, noble caballero! —respondió el duendecillo derramando abundantes lágrimas—; ¡no sabe usted el daño que me ha hecho cortándome mis queridas alas!... ¿Por qué

me ata usted de esta manera?

—Antes dime tú, ladronzuelo goloso, por qué me robas mis dulces y estropeas mis arropes y mermeladas. Ayer me volcaste dos tarros de miel y me echaste a perder una fuente de natillas. Pero yo te juro que dentro de poco te va a saber todo a jarope.

—¡Perdón, señor, que ya no volveré a hacerlo más! No me haga usted sufrir. Devuélvame mi libertad y yo le juro que le haré tan rico como el más poderoso de la tierra.

—¡Ja, ja, ja!—exclamó Cucufate, que como buen tonto era desconfiado—. ¡Y de dónde ibas a sacar tanto dinero, si eres más pequeño que una rata? ¡Devolverte la libertad!... ¡bien simple sería!

—No desconfíes de mí, Cucufate—prosiguió el prisionero—; que, a pesar de que soy pequeño, poseo grandes riquezas. Yo soy el duende Mirabel, y tengo un palacio en las minas de brillantes, en las fronteras de Fanfarria. Millones de duendecillos como yo son mis súbditos y me obedecen fuerzas que tú desconoces. Si me pones en libertad, serás rico; pero si me haces algún daño, ¡pobre de ti! No quedará sin castigo tu vileza.

—¡Ah! ¡me amenazas todavía?—vociferó el cocinero, lleno de ira—, ¡pues ahora verás lo que es bueno!

Y a gritos comenzó a llamar a la servidumbre y aun al mismo Palomo y a su hija.

Pronto se congregaron en la cocina criadas, cocineros, pinches y marmitones, ítem más algunos juglares y soldados que pasaban la noche en la hostería. Y todos miraban, lanzando gritos de asombro y riendo, al duendecillo, que pasaba, como si fuera una pelota, de mano en mano, ante los ojos curiosos de la concurrencia. Todos reían martirizándole: los hombres, las mujeres, y, lo que es más triste, reían los niños, y digo más triste, porque nada apena tanto a las almas piadosas como ver a esos niños de instintos perversos que martirizan a los pájaros y a los animales pequeños, como si fuera para ellos un juego la contemplación del sufrimiento de una criatura de Dios, que no vino a la tierra para que nos gocemos en su dolor.

Desde aquel momento comenzó para nuestro héroe el más terrible de los suplicios que vieran ojos humanos.

Le dieron acíbar, sal y limón, riéndose a grandes carcajadas de sus muecas y gestos que terminaron en vómitos y trasudores. Después le obligaron a bailar un minué sobre un acerico, donde los alfileres tenían las puntas hacia fuera y se clavaban en los pies del desventurado, que



Y todos miraban, lanzando gritos de asombro y riendo, al duendecillo, que pasaba, como si fuera una pelota... (Pág. 13.)

eran como almendritas y suaves como pétalos de rosa.

Le hicieron nadar en una tina llena de agua casi helada, y, por último, después de sufrir befas, golpes y apretujones, lo dejaron aturdido y acongojado dentro de la jaula del ruiseñor, para que no se escapase. Este se despertó, y como los duendecillos, silfos y silvanos y los pájaros son muy buenos amigos, el avecilla le dió agua con su pico, roció de ella su abatida frente, le calentó con su emplumado y cálido pecho, y después, como le viera volver en sí, entonó en su honor su cántico más bello.

Parecía terminado el suplicio del pobre duende Mirabel, cuando a Cucufate, que no se hallaba aún satisfecho, se le ocurrió una idea terrible : ¿ Por qué no ponerle frente al gato ? ¿ No tenía una linda espada para defenderse ? La lucha sería original y divertida.

Todos aplaudieron con entusiasmo. Indudablemente, en aquella gentuza había un refinamiento de crueldad. La plebe, una vez entregada a sus propios y feroces instintos, es muy difícil contenerla en los límites de lo justo y de lo conveniente.

El duende, al oír las palabras de Cucufate, sintió que un calo-

frío de muerte corría por todo su cuerpo. El conocía al terrible Micifut, un gatazo negro, de ojos como ascuas, capaz de matar las ratas más enormes. Muchas veces, en la obscuridad de la noche, había sentido cerca su mirada alucinante de fosfóricos resplandores, salvándose de sus garras merced a su ligereza y al poder de sus alas, que le habían permitido escapar por la chimenea o por el hueco del tragaluz. Siempre había de andar con cuidado de que no le sorprendiera su enemigo, que le divisaba lo mismo de día que en la más espesa obscuridad, y ante cuyas pupilas adormecedoras era inútil que tratara de ocultarse, porque los gatos, grandes amigos de los diablos, de las brujas y de la Muerte, poseen el don de la doble vista, es decir, que ven lo visible y lo invisible, por lo menos a los ojos de las demás criaturas.

Pronto la concurrencia armó con sillas, bancos y tablas una especie de circo romano, en cuyo centro dejaron al sanguinario felino y al pequeño bestiario.

El espectáculo prometía ser interesante, porque el duendecillo, aunque pequeño, era ágil, enérgico y valiente, y, espada en mano, parecía dispuesto a vender cara su vida.

No siempre, como veis, es el valor patrimonio de los fuertes y de los grandes, que, siendo éste

una facultad del espíritu, puede guardarse dentro de un pomo pequeño y deleznable una esencia fuerte y olorosa.

Cuando se vió el gato frente a su víctima, como impulsado por su malvado instinto, comenzó a poner en práctica sus diabólicas estratagemas. Cada uno de sus pasos, lentos y tranquilos, eran terribles; pero tantas veces intentó caer sobre su rival, sintió en sus carnes las tremendas cuchilladas con que éste se defendía de sus garras.

La expectación de la concurrencia crecía por momentos. Aquella gente, compuesta por hombres y mujeres ignorantes, parecía gozar de un modo extraordinario con semejante espectáculo. Pero el felino, cansado de aquel juego en el que llevaba la peor parte, se decidió a terminar de una vez con su enemigo. Así lo comprendió el duendecillo, y, cuando la bestia se hallaba más cerca y, juntando sus patas delanteras, se preparaba para la acometida, el duende se anticipó y con un salto agilísimo le metió su espada por un ojo, vaciándolo por completo. Todos los espectadores lanzaron un grito de entusiasmo, y con grandes aplausos victorearon al duendecillo, que ya en su papel, y deseando humillar a Cucufate, respondió sonriente con un saludo cortés.

Entonces se desbordó el júbilo de los espectadores, que, a pesar de su ignorancia, comprendían la grandeza del duende y se hallaban dispuestos a perdonarle.

¡Caramba! El *pequeño* se había portado como un valiente y bien merecía que se le concediera la vida y la libertad.

Mas no terminó aquí la lucha. El gato, que se había retirado a un rincón hecho un erizo y lanzando feroces maullidos, furioso por el dolor de su herida y no dándose por vencido, se preparó

de nuevo para el ataque. Entonces el duendecillo no quiso esperar más, y lanzando un grito agudo y dando un salto asombroso, fué a caer dentro de la escarcela de la linda Margarita, que, avisada por un alma piadosa, había penetrado sigilosamente en la cocina en aquel preciso momento.

Toda la concurrencia se levantó respetuosamente de sus asientos al ver a la linda joven, que era bella como un ángel. ¡Qué grande es el poder de la belleza!

### CAPÍTULO III

—¡Y a este ser pequeño y débil, tan bello como una linda muñequita de cera, has sido capaz

de hacer daño, corazón de perro: —preguntó Margarita a su obligado novio.



—Sí, ¡y por qué no?... Se comía todos mis dulces, estropeaba mis tartas, y deshacía mis pasteles y confituras. ¡No he de parar hasta que acabe con él!

Y con mano airada trató de arrancar de la escarcela de su prometida el



Pronto la concurrencia armó con sillas, bancos y tablas una especie de circo romano... (Pág. 15.)

## FEDERICO TRUJILLO

tembloroso cuerpo del duendecillo.

Pero la dulce voz y la belleza de Margarita habían tocado el corazón de todos, y como el bestia de Cucufate insistiera en su propósito, poco faltó para que entre varios soldados y unos juglares le dieran un pie de paliza.

Entretanto Margarita, aprovechando la piadosa reacción de la concurrencia, tornó a sus habitaciones, donde, a la luz de una lámpara de aceite perfumado, pudo ver al duendecillo. El pobre estaba exánime y a punto de

exhalar el último suspiro. De un lado la emoción, del otro la mojadura, los alfilerazos, el asco y, por último, varios arañazos de su terrible y felino rival, le habían puesto en trance de muerte.

Margarita, después de darle un beso, le acostó en la cuna de su muñeca, porque han de saber mis lectores que la preciosa muchacha, aunque era ya una mujercita y estaba para casarse, no por eso dejaba de jugar con sus muñecas.

Luego dióse prisa a curar al



herido, poniéndole bálsamos y vendas y dándole unas gotas de tila y azahar que le sentaron muy bien.

El duende abrió los ojos y pronunció con voz débil varias frases de gratitud, pero después aumentó su gravedad de modo tan alarmante que Margarita pidió a su padre llamara a su antiguo novio Fausto, el médico, para que salvase la vida a su minúsculo protegido. Y como, fuera del albéitar, que sólo sabía curar animales, y de dos o tres curanderos ignorantes, no había en toda la ciudad otro médico, hubo de venir Fausto, muy a pesar de Cucufate y con no poca alegría del galeno.

Todo el invierno duró la enfermedad del duendecillo, y durante ella se habían verificado dos fenómenos. Uno de orden espiritual, en las almas de los amantes resignados en un principio con su malhadada suerte y después dispuestos a todo por salvar su amor, y otro de orden puramente físico que tuvo lugar en el cuerpo de Mirabel.

A éste, apenas dió principio la primavera, le comenzaron a crecer dos nuevas y más lindas alas y con ellas el don de hacerse invisible. No fueron pocos los chascos que dió a sus bienhechores ocultándose a su vista para hacerles cosquillas con una paja en los oídos o sacarles el pañuelo de

la escarcela. Luego aparecía ante sus ojos asombrados haciendo sonar el cascabel de su risa cristalina. Y así, durante toda su convalecencia, los entretuvo contándoles mil bellas historias de su patria, el País de los Ensueños.

—¿Y dónde está ese país?— preguntábale muchas veces Margarita.

—No me lo preguntes ni pretendas averiguarlo—respondía Mirabel a la joven—. Tu empeño podría acarrearle graves perjuicios, y si contestara a tu pregunta tendría que separarme de vosotros para siempre y abandonaros a vuestra suerte.

—¿Y por qué, mi lindo amiguito?—decía la hermosa doncella.

—Porque mi reino es un país misterioso que no deben conocer los mortales.

Margarita aparentaba quedar satisfecha con la contestación, pero cada día le intrigaba más aquel país desconocido, y su curiosidad fué aumentando gradualmente hasta el punto de convertirse en un capricho irrefrenable de descubrir el secreto del duende.

Al fin, llegó el mes de mayo. El ambiente se llenó de gorjeos de pájaros y de perfumes de flores y comenzaron a cruzar el aire las mariposas y millones de preciosos insectos de lindos colores.

Las alas del duende recobraron todo su tamaño y espesor y él sus fuerzas perdidas. Estaba completamente restablecido.

Y una tarde en que el sol parecía más brillante y más puro y más azul el cielo, Margarita, no pudiendo dominar su insana curiosidad, le dijo a Mirabel :

—Dos cosas harían mi felicidad en el mundo. Tú, que tanto me quieres, ¿me las concederás, duende mío?

—Aunque me cuesten la vida —respondió el duende.

—¿Me lo prometes?—preguntó Margarita.

—¡Te lo aseguro!—dijo solemnemente el duende—. ¿Cuáles son?

—Pues, la primera, que Fausto sea mi esposo.

—Concedida. Yo haré que tu padre aborrezca a Cucufate, y Fausto conquiste su aprecio. ¿Y la segunda?

—La segunda... la segunda, es que me digas dónde está tu reino, el País de los Ensueños.

Palideció el duendecillo al oír la pregunta de su protectora, púsose muy triste y con acento dolorido respondió a Margarita :

—¡Válgame el cielo y qué desgraciado empeño el tuyo, dueña mía! ¿No te he dicho una y mil veces que saber tal secreto puede causarte muchas desventuras?

—Sí, pero yo no quiero vivir en la duda.

—Pues bien, ya que te empeñé mi palabra, has de saber que el País de los Ensueños está muy cerca de aquí, en esas montañas azules que se ven desde estos ventanales. Tiene su entrada en el patio de armas del ruinoso castillo de Piedra-negra. Estando en este lugar una sola persona a las doce de la noche del primer día de junio, hasta el alba podrá verse el camino de aquel país desconocido para los seres humanos. Pero no pretendas penetrar en mis dominios porque podrías sufrir una gran desgracia, tal vez la muerte, y si, llevada de tu curiosidad o de tu codicia, llegaras a entrar en tan misterioso país, guarda el más absoluto silencio y no hables ni una palabra, vieras lo que vieras.

Y, dicho esto, el duende se lanzó a la atmósfera en rápido vuelo, y no volvieron a verle en mucho tiempo los dos amantes.

—¡Ingrato, tanto como le queríamos! —gimió Margarita—. ¡No ha sido siquiera para traerme las flores que me había prometido! ¡No se puede hacer ya bien a nadie!—Pero luego, pensando que es feo arrepentirse del ejercicio de la caridad y que toda buena obra pierde su valor si de ella se espera alguna merced, añadió, secándose las lágrimas : —¡Era libre, tenía alas y ha volado hacia el País de los Ensueños! ¡Ha hecho bien!... ¡Yo he

tenido la culpa de su partida con mi curiosidad impertinente!

Terminada, pues, la enfermedad del duende, cesaron también las visitas de Fausto, y, aunque alguna vez los amantes lograban verse a hurtadillas, aumentó la tristeza de Margarita, que echaba de menos los tiempos en que la dolencia de su diminuto huésped le permitía hablar con el escogido de su corazón. Muchas veces somos tan egoístas que deseamos nuestro bien a costa del mal ajeno.

Los días se sucedían con celebridad vertiginosa y aproximábase para Margarita el de la boda con el odiado cocinero. ¡Cómo evitar esta desventura! ¡De qué modo convencer al testarudo Palomo! ¡Solamente el duendecillo hubiera podido operar aquel milagro, pero el pequeño amiguito no tornó por aquellos lugares!

¡Qué hacer!

Entonces Fausto, que había oído de labios de su amada la extraordinaria leyenda del País de los Ensueños, tomó una resolución enérgica. Ya que el duende no volvía, era preciso ir a buscarle a sus dominios. Y, dicho y hecho: pocos días antes del de primero de junio se puso en camino, a pesar de los ruegos y lágrimas de Margarita para que desistiera de sus propósitos, y, caballero en un magnífico corcel, se dirigió a las montañas

azules. Por fin, el día indicado y muy cerca ya de media noche, se detuvo al pie de las ruinas del castillo de Piedra-negra.

La noche era de luna, tan clara como si fuera en aquella hora la del alba. A la luz plateada de aquel astro todo parecía tomar figuras fantásticas. Un silencio profundo reinaba en torno del castillo, silencio que sólo turbaba el canto de los cuquillos en el bosque, y el de los buhos en los altos torreones de la vieja fortaleza.

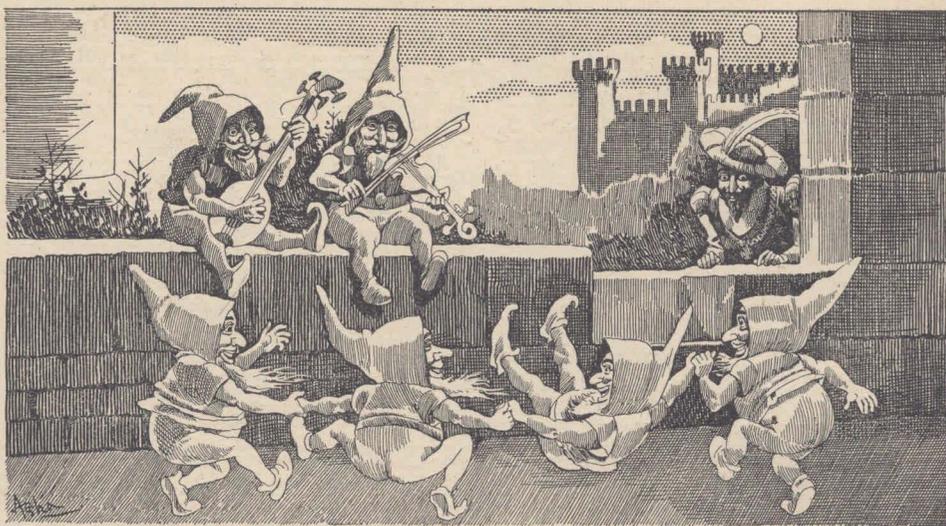
El sitio y el momento eran para infundir temor al ánimo más templado, pero Fausto no sentía miedo: el amor le sostenía y le daba los ánimos necesarios.

Decidido, penetró en el severo edificio y unos minutos después se encontraba en el patio de armas.

En aquel instante ¡oh, maravilla! unas campanas que se alzaban en la torre más alta del castillo dieron las doce como tocadas por manos invisibles.

El piso del patio se abrió al conjuro de aquellas campanadas misteriosas, y de la tierra comenzaron a salir centenares de duendes provistos de palas y piquetas y vestidos con trajes de caprichosas formas y vivos colorines.

Eran todos muy bellos y proporcionados y se parecían mucho a Mirabel, rey y señor de aquellos dominios.



## CAPITULO IV

Fausto, silencioso, contemplaba admirado la escena que se desarrollaba ante sus ojos.

Los duendes dejaron en el suelo sus instrumentos de trabajo, y, mientras unos se preparaban a hacer música con sus flautas, cítaras y violines, otros, cogiéndose de las manos, formaron un corro enorme que ocupaba la mayor parte del patio de armas.

Una música alegre y retozona, divinamente ejecutada, salió de los instrumentos de los duendes filarmónicos, mientras los duendes del corro bailaban alegremente y cantaban con vocecitas cristalinas e infantiles :

Por el día trabajamos  
en labores increíbles,

siempre ocultos, invisibles  
a los ojos del mortal,  
y por la noche bailamos  
nuestras rondas y rondines,  
al compás de los violines  
y las flautas de cristal.

¡ Ay, rondón !  
¡ Ay, rondín !  
¡ Viva la alegría !  
¡ Ay, rondón !  
¡ Ay, rondín !  
¡ bailar el rondín

al compás de los dulces violines  
de Hungría !

El mortal que sea indiscreto,  
que aprenda a ser más callado,  
que aquí el hablar es pecado,  
y caro lo pagará.

Al saber nuestro secreto,  
si quiere ser poderoso  
ha de estarse silencioso  
o la vida perderá.

¡ Ay, rondón !  
¡ Ay, rondín !

¡ Viva la alegría !  
 ¡ Ay, rondón !  
 ¡ Ay, rondín !  
 ¡ bailar el rondín  
 al compás de los dulces violines  
 de Hungría !

Después de esta canción cantaron otras muchas, cada vez más bonitas, y, animados por sus propias voces y por las melodías de su pequeña orquesta, el baile llegó al frenesí.

Era tan divertido y nuevo el espectáculo para Fausto, que, olvidándose de la consigna impuesta, gritó enardecido y saltando de entusiasmo :

— ¡ Bravo ! ¡ Bravo los músicos y los bailarines !

Se detuvo al punto el corro de hombrecitos, cesaron los acordes de la música y hubo un largo silencio.

— ¡ Quién es el atrevido mortal que turba nuestra alegría con su presencia ? — dijo con voz tonante uno de los duendes que por sus barbas plateadas parecía el más viejo de todos.

— ¡ Miradle ! — exclamó otro descubriendo a Fausto, que pretendía esconderse tras un grueso pilar de piedra —. ¡ Allí está oculto !

Pronto cayeron todos los duendecillos sobre el cuitado médico, y, aunque eran tan pequeños, dieron con él en tierra.

— ¡ Matarle ! — decían unos.

— Hay que castigar al ladrón

que viene a sorprendernos y a robar nuestras riquezas — gritaban otros.

Y por todos lados menudeaban los golpes sobre las espaldas del pobre Fausto. En vano hacía éste por desasirse de las manos de sus enemigos, y tan maltrecho veíase ya, que, temeroso de que le dieran muerte, tuvo la idea feliz de llamar en su auxilio a Mirabel.

Pronunciar este nombre y cesar los golpes como por encanto, todo fué uno. Entonces el hombrecito de la barba blanca se acercó a Fausto y con tono afable le preguntó :

— ¡ Por ventura conoces a nuestro rey ?

— Sí ; es amigo mío. Mi amada le salvó la vida y yo le curé en una grave enfermedad. ¡ Podéis llevarme a su presencia ?

— ¡ En seguida ! — respondió con tono aún más cariñoso el viejecillo —. Quien sirve a nuestro rey nos sirve a nosotros mismos

Y dando órdenes a los demás duendes, éstos, de fieros y crueles que eran antes, se trocaron en los más sumisos y amables servidores del apaleado doctor.

El viejo duende, a quien todos parecían prestar obediencia, dispuso que vendaran los ojos a Fausto y que le llevaran por los subterráneos a la presencia del rey.



Pronto cayeron todos los duendecillos sobre el cuitado médico, y, aunque eran tan pequeños, dieron con él en tierra. (Pág. 23.)

Otro, en aquel lugar, hubiera sentido miedo, pero el médico no experimentó la menor vacilación... En aquel momento hallábase dominado por la convicción más absoluta de que Mirabel era capaz de descubrir cuanto oro hubiese en el fondo de la tierra. Con ese oro podría torcer la voluntad del padre de Margarita y conseguir la mano de su amada.

Sintió que descendía rápidamente por unos veinte escalones y que luego atravesaba un largo laberinto de galerías subterráneas. Al fin, le quitaron la venda, y Fausto quedó extasiado contemplando las bellezas que le rodeaban.

Hallábase en el palacio de Mirabel, en el salón del trono, que no era otra cosa que una gruta admirable, llena de estalactitas y estalagmitas que brillaban con resplandores irisados a una luz difusa que iluminaba la estancia.

El suelo, las paredes, el techo,

las mismas estalagmitas y estalactitas, aparecían llenas de piedras preciosas, desde el encendido rubí a la verde esmeralda, desde el azul topacio al rojo granate: todo cuanto puede soñar la más rica fantasía, adornaba el salón del trono. Aquí y allá grandes colgaduras de hilo de oro y brillantes; en torno del trono un centenar de asientos de oro puro, y en lo alto el trono mismo, tan rico y resplandeciente en pedrería que su brillo hacía bajar los ojos como si estuviera hecho de rayos de sol.

En él vió Fausto a Mirabel, que le dijo sonriente:

—Te esperaba. Sabía que ibas a venir; pero deseaba ver por mis propios ojos si eras capaz de sacrificar tu vida por el amor de Margarita. Ya que no dudo de tu cariño hacia mi protegida, ven conmigo, que yo prometo hacer tu felicidad. Serás rico y poseerás aún una riqueza mayor: el amor de Margarita.

## CAPÍTULO V

Cuando Margarita vió que *Rubí*, el caballo de Fausto, tornaba sin su jinete e hiriendo con su casco el umbral de la hostería le anunciaba su vuelta, la joven tembló por la vida de su amado.

Margarita llamó a varios amigos de su Fausto, encargándoles que averiguaran su paradero, y al cabo de un mes de pesquisas inútiles, diéronle por muerto o víctima de los duendes del castillo.

¡Cucufate bailaba de alegría pensando que su rival había muerto!

Así pasaron dos meses más, y el día de la boda de Margarita y Cucufate hallábase muy próximo. Por fin, una mañana, y cuando más desesperada estaba la joven, maldiciendo del duendecillo, éste se le apareció en el alféizar de la ventana saludándola sonriente y depositando en la falda de la doncella un precioso ramo de flores.

—¡Albricias, encantadora Margarita! — dijo el duendecillo—. ¡Albricias! ¡De seguro que mi bella amiga habrá dicho muchas picardías de mí!... Pero heme aquí que torno del País de los Ensueños, de donde te traigo las más lindas flores y los más hermosos brillantes, esmeraldas y rubíes, que ojos humanos han visto. Aquéllas para ti, éstos para tu futuro esposo.

—¡Para quién? ¡para Cucufate! — dijo ingenuamente Margarita.

—¡Pues estaría bueno! ¡Yo regalando flores a ese alcornoque con mandil y gorro blancos! Hablo de Fausto, que, gracias a mis artes, será tu esposo antes de un mes.

—¡Es posible, duende mío! — exclamó llena de júbilo la joven, que tenía mucha fe en las palabras de su encantador amigui-

to—. ¡Pero vive mi Fausto?

—¡Vive, y aquí le tienes! — respondió Mirabel indicándole al mancebo, que a hurtadillas había penetrado en la habitación.

Margarita dió un grito y se lanzó a los brazos del joven médico.

Fausto contó entonces a su amada su extraordinaria aventura, dejándola a la postre absor-ta ante las riquezas que del País de los Ensueños había traído, gracias a la magnanimidad del duende.

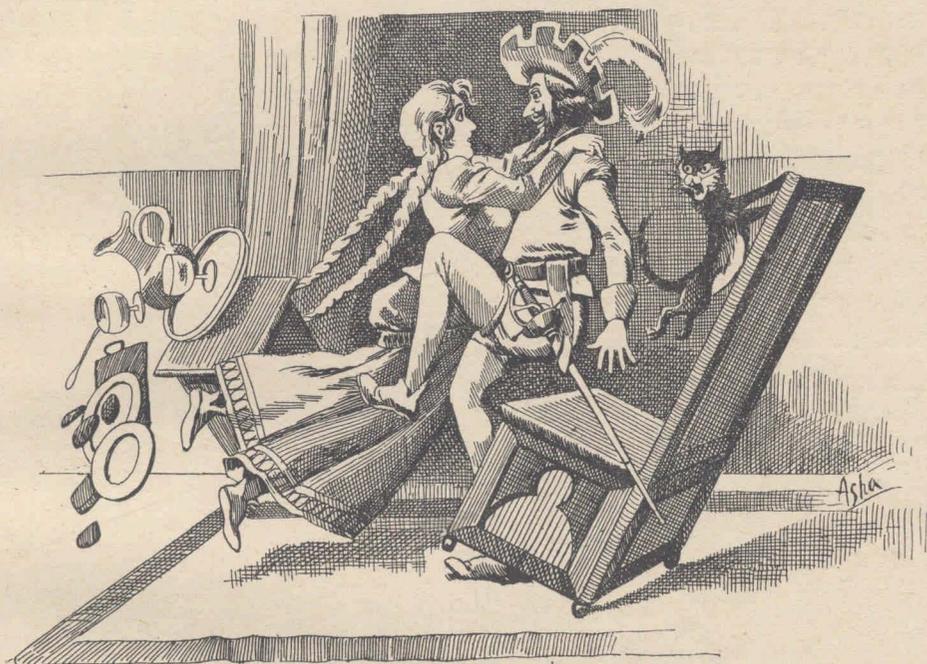
Margarita contemplaba sorprendida, y lanzando gritos de admiración, aquellos tesoros de arte y de belleza.

—Ahora, oídme—dijo el duende—, antes de venir aquí y haciéndome invisible he sorprendido una conversación entre tu padre y el prior de los carmelitas, que, como sabes, es su mejor amigo. El buen fraile le afeaba su empeño en casarte con un hombre a quien no quieres, con lo que daba pasto al diablo y hacía infeliz a un matrimonio. Tu padre no sabía qué responder al prior, pero a mí no se me oculta que dos cosas le impiden volverse atrás en su resolución: una es la palabra empeñada con ese mastuerzo de Cucufate, y otra la pobreza de Fausto.

—¡Pobre de mí! — respondió Margarita, con melancolía.

—Pero todo tiene remedio— respondió Mirabel—. Ahí están esas piedras preciosas que he traído de mi palacio. Con el inmenso valor de estas joyas Fausto podrá vivir con gran boato, hará grandes regalos a tu padre y conseguirá tentar su codicia.

Pronto corrió por toda la ciudad la voz de que el doctor Fausto, valiéndose de la ciencia, había descubierto la piedra filosofal y con ella el arte, no sólo de hacer oro, sino toda clase de piedras preciosas, desde la verde esmeralda al rojo y encendido



Margarita dió un grito y se lanzó a los brazos del joven médico. (Pág. 26.)

En cuanto a la formalidad de vuestra promesa yo me encargo de que el interesado Palomo se vea libre de todo compromiso y de que ese malvado de Cucufate lleve el castigo de su perversidad.

Y el duende, besando la mano de la doncella, echó a volar para su morada.

rubí, desde el azul topacio al irisado y luminoso brillante.

Fausto, con el importe de varias piedras preciosas que vendió a un mercader judío, pagó todas sus deudas, compró un lindo palacete que hizo amueblar y tapizar suntuosamente, tomó varios criados y sentó a su mesa, magníficamente servida, los ca-

balleros más nobles y ricos de la ciudad.

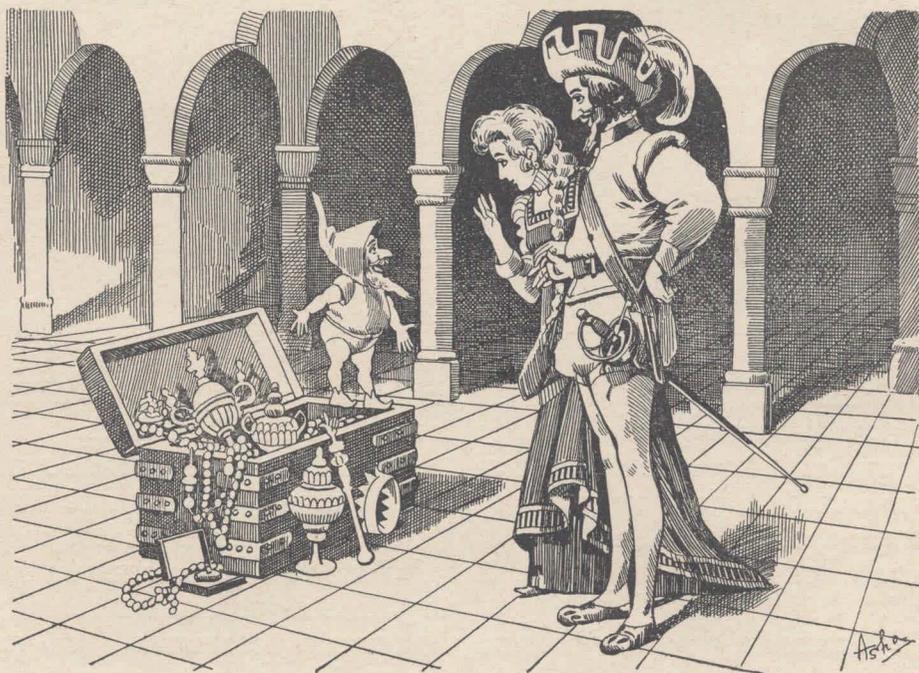
Alguna vez, y como por capricho, visitaba la hostería de Palomo, donde hacía servirse los manjares más costosos y exquisitos y obsequiaba al hostelero, después de pagarle espléndidamente, con sortijas de piedras preciosas, dejándole asombrado de su generosidad.

¡ En verdad que Palomo ya no se atrevía a tratarle con el desdén y confianza de antaño! Arrepentido estaba de haber despreciado aquel yerno tan noble, tan inteligente y tan poderoso, y deseaba que se le presentara ocasión de romper con Cucufate,

que rabiaba y se tiraba de los pelos al ver las mudanzas que en tan poco tiempo habíanse operado con los caprichos de la veleidosa fortuna. ¡ El, que creía a Fausto ya en el otro mundo!...

Y como el duende no faltaba ninguna semana con su regalo de flores y de piedras preciosas, aumentaban de día en día el caudal de Fausto, la desesperación de Cucufate y la impaciencia del hostelero por casar a su hija con Fausto y recoger de su futuro yerno la palabra empeñada.

Por el capítulo que sigue se verá que, gracias a las artes del duendecillo, esta ocasión no tardó en presentarse.



Ahí están esas piedras preciosas que he traído de mi palacio. (Pág. 27.)



## CAPITULO VI

Un día, cuando más tranquilos estaban en la hostería todos los personajes de este cuento, un suceso magno, grandioso, uno de esos acontecimientos solemnes que se escriben con letras de oro en las crónicas de los pueblos, llenó de contento el corazón de los habitantes de Fanfarria y de confusión el ánimo del hostelero Palomo.

Un mensajero del Rey, seguido de cuatro heraldos, al son de roncacos atambores y vibrantes clarines, había anunciado en la plaza mayor de la ciudad la pró-

xima llegada de Sus Majestades el rey Talentino y la reina Remilgona, en unión de su augusto hijo el infante Golosín, a cuyo fin prevenían a los nobles y generosos ciudadanos fanfarriones para que tomaran las medidas oportunas.

Asimismo el mensajero se presentó en casa de Palomo, haciéndole saber por medio de un pergamino de la regia cancellería, que no habiendo sitio ni hospedería mejor que la de Palomo (cuya fama había llegado a los augustos oídos del monar-

ca), quedaba desde luego indicada para recibir a las reales personas, y advirtiéndole además al señor Palomo, así como a su familia y servidumbre, que había de tenerse en cuenta, tanto la cantidad de los alimentos por el gran número de príncipes, magnates, gentileshombres, azafatas, y gentes de armas, como la calidad en consideración a los soberanos, poniendo gran esmero en la pitanza, en la presentación y orden de la mesa, y sobre todo en el buen sabor de los platos, porque especialmente Su Majestad la reina Remilgona tenía un paladar tan fino y un estómago tan delicado, que el menor descuido en el punto o condimento en las comidas hacíanla romper en gestos, náuseas y trasudores.

También se hacía saber que, de quedar bien cumplidas las órdenes dadas y satisfechas las reales personas, a Palomo se le nombraría conde, se le daría un feudo y se le abonarían mil *soles de oro*, cantidad más que suficiente para subvenir a la estancia de todos; pero que, en caso contrario, tanto Palomo como su servidumbre recibirían el castigo correspondiente y que el hostelero no pensara en cobrar la cuenta.

Acompañaban al pergamino minuciosas instrucciones y una larga lista de lo necesario, en la

que figuraban como lo más saliente 100 vacas, 1.000 carneros, 2.000 kilos de pescado, y entre miel, mermeladas, frutas en dulce, compotas y otras golosinas, 100 arrobas, y otras tantas de conservas, y las aves, conejos y liebres que también se contaban por millares.

¡Válgame Dios, que hubiérase dicho que en aquella casa se iba a dar de comer al propio gigante Gargantúa!

Palomo quedó sumido en profundo estupor, con el pergamino en la mano, en tanto veía con ojos atónitos cómo el mensajero se alejaba a galope tendido. Luego consultó a Cucufate, que, no menos asustado que su amo, le contemplaba con aire estúpido.

—¿Qué te parece lo que dicen las reales personas?

—Pues... que no vamos a ver dos reales—respondió Cucufate.

—¿Lo crees así?

—Yo no sé si creerlo o no. Lo que sí sé es que el rey Talentino, cuando la comida no es de su gusto, no la paga, y ya veis que trayendo hoy en su compañía a la reina Remilgona que a todo hará ascos y repudios de monja...

—Sí, sí; pero, ¿y si le agrada el trato?

—Tampoco pagará. Esto de pagar no debe estar en las ordenanzas reales, ni en la etiqueta palaciega. Si no, acordaos del pobre Tijereta, el sastre de Pala-

cio, que no llegó nunca a cobrar un *sol* del regio patrimonio, y a punto estuvo de que le ahorcaran por cuestión de costura más o menos en unos calzones. A lo sumo, os dará un título que os sirva más de ostentación que de riqueza, si no os nombra proveedor, que es el peor mal que pudiera ocurrirnos.

—¡Medrados estamos!— suspiró Palomo.

—Decís bien. Porque habéis de saber que entre el rey Talentino, que come a dos carrillos, dicho sea con el respeto debido, la reina Remilgona, que a todo pone reparos, y el infante Golosín, que es capaz de dar tér-

mino a todos los pasteles y confituras del orbe, vamos a estar como en la gloria — dijo con acento irónico Cucufate.

Palomo meditaba.

La idea de ser conde y tener un feudo, aun cuando fuera en el desierto, no le desagradaba. Al fin, habló así a Cucufate:

—Mira, Cucufate; tú sabes que siempre te he querido como a un hijo y que te tengo prometida la mano de mi hija. Pero yo quiero someterte a una prueba suprema: que me demuestres que eres digno de ella y de ser mi sucesor en la dirección de mi establecimiento.

—¡Y qué quiere usted que



Palomo quedó sumido en profundo estupor, con el pergamino en la mano...  
(Pág. 30.)

haga yo?—respondió el mozalbete, un poco escamado al ver el sesgo que tomaba la conversación.

—Pues mira, Cucufate: en tus manos está tu porvenir. Si consigues que Sus Majestades Talentino y la reina Remilgona salgan contentos de esta casa, tuya será y con ella la mano de Margarita. En caso contrario, de lo dicho no hay nada. Ahora tú eres el que ordenas y dispones de todo. Toma el dinero que necesitas y prepara unos banquetes que dejen memoria en los fastos de Fanfarria.

Bajó mohino la cabeza Cucufate, comprendiendo que su presunto suegro jugaba con dos barajas, o, como se dice vulgaramente, mataba dos pájaros de un tiro. La proposición de Palomo no tenía pérdida. Si triunfaba Cucufate, sería conde, tendría

un castillo, un escudo con calderos, peroles y sartenes en campo de gules; un feudo y un castillo. En caso contrario, Palomo recobraría su libertad de acción y podría casar a Margarita con Fausto, el hombre más rico de toda la comarca.

Sin embargo, Cucufate salió del cuarto de su patrón dispuesto a eclipsar los festines de Baltasar, Lúculo, Eliogábalo y Sardanápalo y a dejar en paños menores a los cocineros de los propios dioses del Olimpo, si es que éstos los tuvieron para guisar sus manjares. Y al mismo tiempo que Cucufate, escapó por una ventana el duendecillo, que, en el secreto de todo, partía raudo en busca de sus amigos el gigante Eolo, padre de los vientos, y el mago Serpentón, célebre por sus hechicerías, para con su auxilio tomar cumplida venganza del estúpido cocinero.

## CAPÍTULO VII

Mientras en el puerto de Fanfarria se congregaba una enorme multitud, ansiosa de ver los bajeles donde venían las reales personas y en las calles y plazas empavesadas, llenas de arcos de triunfo y de colgaduras, bullían

alegres todos los habitantes de la afortunada ciudad, en casa de Palomo no se perdía el tiempo.

En las cocinas, cerca del horno, y en los comedores, preparados suntuosamente, treinta sirvientes de uno y otro sexo no



descansaban un segundo, cumpliendo sin dilación, como un ejército en pie de guerra, las órdenes del gran Cucufate, que orgulloso, magnífico, con su enorme gorro y mandil blancos, disponía y mandaba con la bizarría de un general que dispone sus tropas la víspera de la batalla. Aquí una docena de mujeres pelaban con rapidez pollos, capones, patos, faisanes, perdices y pichones. Allá los pinches preparaban los hornillos, avivaban la lumbre tirando de un enorme fuelle, o limpiaban y cortaban según receta la carne de lechoncillos, corderos y terneras. Acullá un grupo de cinco muchachos limitábase a batir huevos con

tal maña y ardor que hubiérase dicho no habían hecho otra cosa en toda su existencia. Sobre grandes mesas, varios mozos de pastelería, siguiendo las indicaciones de Cucufate, preparaban pastelillos de carne, *canutillos* de crema, hojaldres rellenos de dulce, conchitas de monja y otras golosinas, para meterlas en el horno. Por último, en más de treinta hornillos cantaban las ollas y chirriaba el aceite en las sartenes, teniendo todo un aspecto semejante a los preparativos de las bodas de Camacho el rico o a los célebres festines de los Césares.

Y, sobre todo, lo más notable era la limpieza de las cocinas,

resplandecientes de puro lavada y enjalbegadas, donde el personal, todo vestido de blanco, parecía más bien dispuesto para una representación escénica que para las grasientas labores del arte culinario.

En este momento, el duendecillo Mirabel apareció en el te-

minuto acompañante como un perro sigue a su amo.

—¿Qué hay que hacer, pequeño?—dijo con voz de trueno el gigante.

—Sopla por esta chimenea, amigo Eolo—replicó Mirabel.

El padre Eolo, comprendiendo la astucia del duendecillo, se



jado de la hostería, acompañado de un anciano de gigantescas proporciones y enormes membranas. Aquel anciano era Eolo, el padre de los vientos, gran amigo de nuestro héroe, y es tal el poder de la amistad, cuando es sincera, que aquel coloso, capaz de infundir pavor al más valiente, seguía a su di-

echó a reír, dando grandes y grotescos saltos. El padre Eolo, como sabéis, es muy amigo de burlas. Él es el que se entretiene, en sus ratos de ocio, levantando sa- yas y manteos; volviendo para- guas y arrancando gorras y som- breros de las cabezas de los vian- dantes. Él es el que los lleva dan- do cómicos saltitos delante de

vosotros en una carrera interminable. Eolo, aunque es un viejo gigante, a veces se muestra travieso como un chiquillo abandonado.

—¡En seguida, muchacho!— exclamó el viejo, y colocando su boca sobre el cañón de la chimenea, sopló como podía hacerlo un chiquillo con una cerbatana. ¡Válgame Dios lo que ocurrió entonces en las cocinas de Palomo! Volaron, hechos añicos, platos, fuentes y bandejas; cayéronse los peroles llenos de agua sobre los hornillos, apagándolos instantáneamente; nubes de plumas de las aves recién peladas vagaban formando remolinos de un lado a otro de las tres estancias; cocineros, pinches, marmitones y fregatrices yacían en el suelo, tumbados por la fuerza de aquel ciclón inesperado, y, en fin, como por arte de magia, todo quedó a oscuras, porque el viento había apagado las diez lámparas de bronce que antes iluminaban alegremente aquellos lugares.

Al enorme estampido de la loza rota y al griterío ensordecedor de la servidumbre asustada, acudió Palomo, con varios criados, que se ocupaban en preparar los comedores, y ¡qué vieron sus ojos! Aparte del destrozo que descrito queda, y del cual no se da sino una ligera idea, vió que todo, absolutamente todo,

estaba negro. Una densa nube de hollín cubría aquellas cocinas antes deslumbrantes de puro limpias. Negras estaban las blancas paredes, negros también los rojos baldosines, negros los guisos, las aves, las carnes recién preparadas, las tareas de los pasteleros: todo estaba de luto riguroso. Y los cocineros, pinches, marmitones y mozas, negras las ropas, negros el rostro y las manos, parecían senegaleses.

—¡Hasta pronto, Cucufate!— dijo el duendecillo por el hueco de la chimenea.

Y el cuitado cocinero oyó, clara y precisa, su cristalina carcajada.

—¡Ojo por ojo, diente por diente; me vas a pagar todo el daño que me hiciste!

Y echó a volar en compañía de su amigo Eolo, que también se fué riendo, y su risa agitó las copas de los árboles, rizó los gallardetes y banderas que ornaban las calles y sonó como un largo alarido sobre toda la ciudad.

Cucufate recordó entonces todo el mal que hizo al duendecillo, y, no diré que arrepentido, pero sí pesaroso por las consecuencias que podía acarrearle aquella enemistad, trató de poner remedio a todo lo acaecido.

Aun le quedaban muchas horas por delante, y Cucufate, sobreponiéndose a la catástrofe,



Y los cocineros, pinches, marmitones y mozas, negras las ropas, negros el rostro y las manos, parecían senegaleses. (Pág. 35.)

mandó llamar a una cuadrilla de albañiles que en un momento lo dejaron todo limpio y blanqueado. En tanto él y la demás servidumbre habíanse cambiado de ropas y lavado convenientemente, con lo que de nuevo se entregaron con más ardor al trabajo.

Pronto recobró todo su aspecto y tranquilidad; y, como los Reyes ya habían llegado, dió orden Cucufate a sus oficiales que se dieran prisa a preparar el primer plato: la más descomunal tortilla que vieron los siglos.

Más de quinientos huevos habíanse batido, y los echaron sobre una enorme sartén dispuesta sobre el fuego bien templado. Entonces Mirabel penetró en la cocina acompañado de su amigo Eolo y del brujo Serpentón, y seguro de que los tres eran invisibles, le dijo Mirabel al gigante:

—Acércate aquí a esta horni-lla y sopla por la boca, despacio, sin que lo note nadie.

El viejo así lo hizo, y quedo, muy quedo, fué levantando llamas de tal modo que, cuando

Cucufate quiso darse cuenta, la tortilla era un carbón gigantesco.

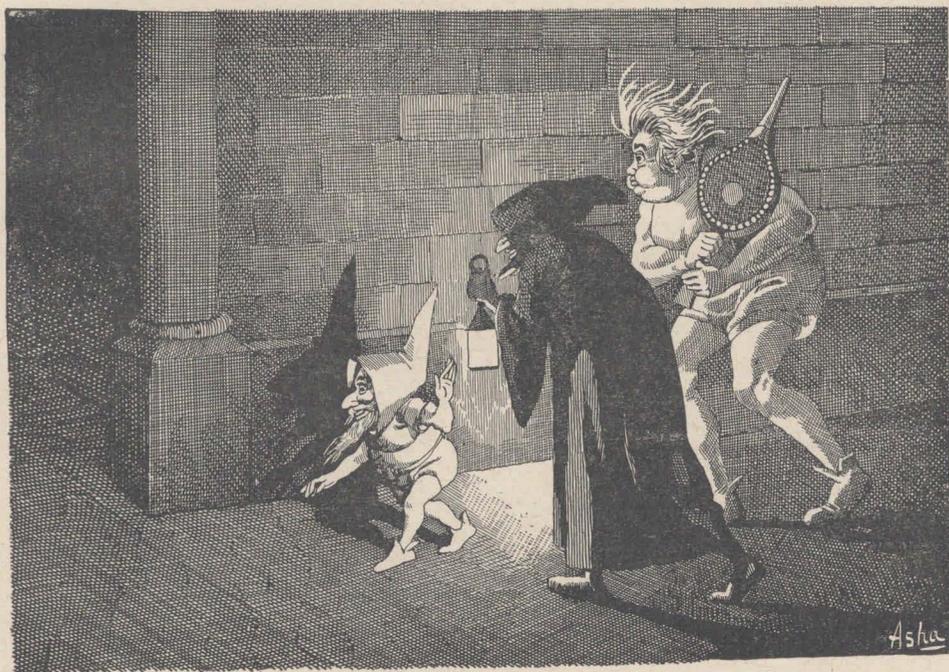
Desde aquel momento comenzó para Cucufate un continuado suplicio. Unas veces era una olla que se caía, inundándolo todo de caldo y apagando la lumbre de los hornillos. Otras, las aves, muertas y peladas, resucitaban al conjuro del mago y desnudas volaban por toda la hostería con gran escándalo de la servidumbre.

Aquí se quemaba un asado, allá los dulces y tarros de mermeladas desaparecían como tragados por la tierra. Cucufate es-

taba aterrorizado : sólo faltaban tres horas para la comida de los Reyes, y estaba todo como al principio.

Cucufate, en el colmo de la desesperación, se mesaba los cabellos, llorando como un chiquillo. ¡Adiós blanca mano de la encantadora Margarita! ¡Adiós sueño dorado de ser el propietario de la afamada hostería! ¡De aquella casa le echarían a puntapiés y le mandarían a *freír espárragos*, que es el mayor insulto que se le puede hacer a un cocinero!

El duendecillo, por fin, cansado de jugar con la paciencia de



Entonces Mirabel penetró en la cocina acompañado de su amigo Eolo y del brujo Serpentón... (Pág. 36.)

su antiguo enemigo, le dejó unas horas en paz, premeditando la manera de poner un fin gracioso a sus aventuras.

Cucufate, al ver que el duende le dejaba, volviendo por el honor perdido, aprovechó el tiempo, y aunque descontando muchos platos y dejando solamente lo más preciso, en las tres horas escasas que le quedaron, preparó

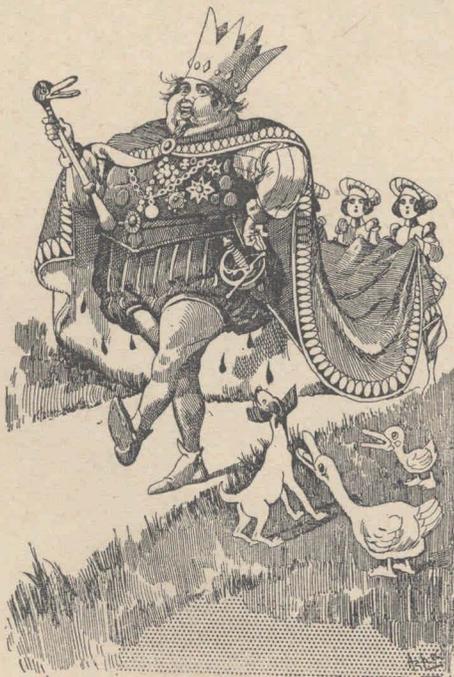
una sabrosa y abundante comida.

Y, fatigado y satisfecho, como un guerrero después de la batalla, descansó sobre sus laureles.

Nosotros, más curiosos, vamos a conocer al rey Talentino, a Su Majestad la reina Remilgona y al numeroso cortejo que los acompañaba.

## CAPÍTULO VIII

En la cabecera de la mesa, resplandeciente con su vajilla de oro puro y sus candeleros de



plata, y sus grandes centros de porcelana rebosantes de flores exóticas, estaban el rey Talentino, la reina Remilgona y el infante Golosín, rodeados de gran aparato de príncipes, magnates, condes, marqueses, gentileshombres y gran número de nobles caballeros, mariscales y distinguidas damas.

Primero estaba el rey Talentino, a su derecha la soberana Remilgona, y a su izquierda el infante, un rapazuelo delgado como una lombriz y que parecía el propio espíritu de la Golosina, razón por la cual le cuadraba muy bien su nombre.

Talentino era un Hércules gordo, rechoncho, mofletudo y barrigón, con mucha carne sobre los ojos, la frente corta y la barba rala. Vestía con gran boato y

apenas si podía sobrellevar el peso de sus adornos, cruces y armadura, así como el de su corona monumental y el de su enorme manto de terciopelo rojo y blanco armiño, que sostenía a duras penas merced a la ayuda de seis hermosos y rubios pajes.

La reina Remilgona, haciendo el contraste, era el reverso de la medalla: alta, delgada y seca, no tenía más que la carne necesaria para cubrir sus huesos. Hubiera sido, más que mujer, la estampa de la muerte, a no ser por su nariz: una enorme nariz, larga y puntiaguda, único signo de vitalidad en el exiguo semblante de la soberana, porque aquel apéndice que en el rostro de cualquier mortal hubiera pasado inadvertido, resultaba en el de la soberana de un tamaño enorme. Era un verdadero órgano de expresión que se arrugaba, se ladeaba, se encogía, hacía mil gestos y movimientos, que eran otros tantos indicios del estado espiritual de su dueña.

Dice un refrán conocido que los ojos son los espejos del alma; en este caso, el espejo del alma de la reina Remilgona era su nariz, semejante a aquella otra nariz tan fiera de la que dijo Quevedo, en su inolvidable soneto, *que en la cara de Satán fuera pecado*.

En cuanto a Golosín, vivo retrato de su madre por lo enteco

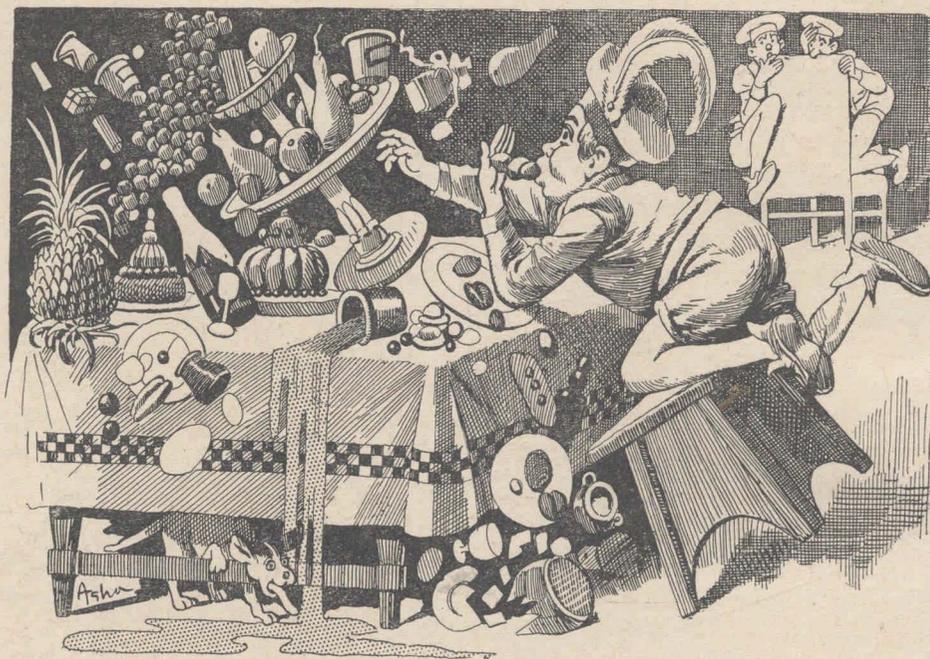
y esmirriado, e imagen de su padre por lo romo y necio, sólo diremos que, apenas se puso la mesa, cayó sobre todos los pasteles, confituras y ramilletes, ha-



ciendo más destrozo que un caballo en una cacharrería, todo lo cual era recibido con gran gozo por la Corte, que reía las gracias del infantito.

Discurría el comienzo de la comida venturosamente para Cucufate, es decir, que ni el duende había vuelto a hacer de las suyas ni la reina Remilgona había remangado su expresiva y simbólica nariz.

Entretantó, Talentino, que tenía fama de sandio en todo el



...apenas se puso a la mesa, cayó sobre todos los pasteles, confituras y ramilletes... (Pág. 39.)

reino—aun cuando los aduladores le llamaran Numen preclaro, Talentino el Magnífico y el Rey Sabio—, con sus simplezas y equivocaciones hacía las delicias de sus cortesanos y de cuantos quisieron oír sus necesidades.

He aquí unos cuantos pensamientos que Talentino, con sus puntas y ribetes de poeta, lanzó en el transcurso del banquete, y de los que el buen Fausto, convidado en aquella ocasión, tomó nota como una prueba de la soberana imbecilidad.

Véase la clase :

De Geografía física :

Quando amanece nublado  
es porque el tiempo ha cambiado.

De Higiene :

No te abrigues en estío  
ni en invierno pases frío.

De Arte Política :

Sea el pueblo bueno o malo,  
poco pan y mucho palo.

De Economía Política :

Quando la vida encarece,  
el precio de todo crece.

De Arte Bélica :

Debe el rey mandar valiente  
a que avancen los demás,  
aunque discreto y prudente  
se quede siempre detrás.



...las aves, muertas y peladas resucitaban al conjuro del mago y desnudas volaban por toda la hostería... (Pág. 37.)

Y este otro :

No olvides la receta, Fabio amigo, en las artes guerreras importante; cuando quieras que corra tu enemigo, echa a correr delante.

Sentencias con las que no podía eclipsar la sapiencia de Salomón, ni el numen glorioso de Alfonso X, *el Sabio*, pero sí muy bien la fama de Perogrullo.

Sin embargo, toda la Corte, y especialmente los consejeros, hacíanse lenguas del claro intelecto del monarca.

—¡Oh numen divino! ¡Oh mente gloriosa! ¡Nunca oí palabras semejantes! ¡Habla como un sabio profeta! ¡Oh maravilla

de Fantasía! ¡Habla... como la burra de Balaam!

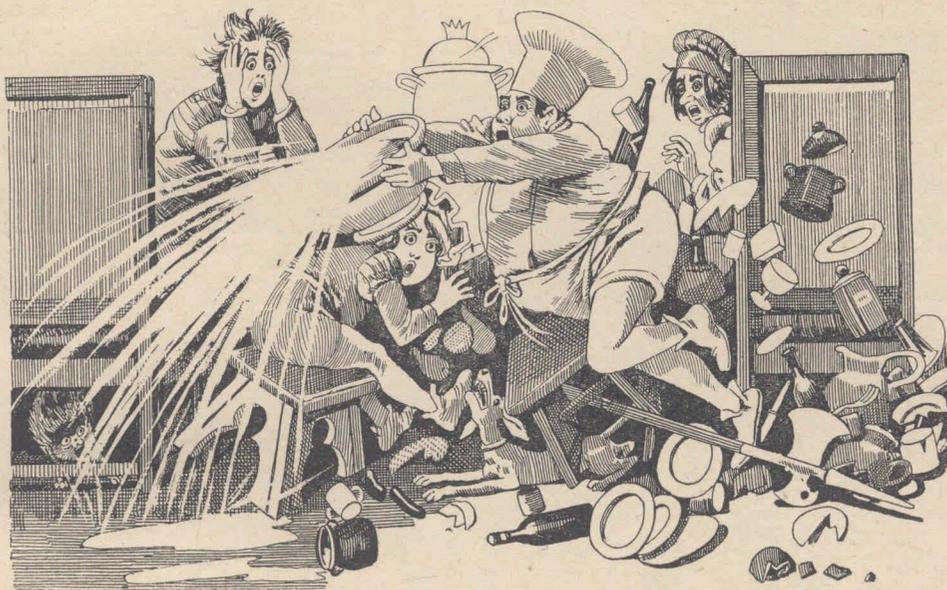
Y otras frases laudatorias por el estilo.

Casi mediaba ya la comida, compuesta de veintitantos platos, pues apenas si llegaban al noveno, cuando la reina Remilgona, tan flaca de estómago como fina de olfato, comenzó a barruntar malos olores y dar muestras de asco profundo, haciendo muchos gestos y remilgos que aumentaban su fealdad superlativa.

—¡Qué era aquello! ¡Habíanle servido una perdiz completamente cruda en una salsa roja de sabor ardiente y repugnante!

Cucufate palideció, comprendiendo que el duendecillo co-





...Mirabel atraviesa el bastón del maestro de ceremonias entre las temblorosas piernas de Cucufate, y éste cae sobre el infantito... (Pág. 44.)

menzaba de nuevo a valerse de sus hechicerías. Efectivamente, Mirabel, siempre invisible, recorría la mesa echando sal en las cremas, miel en las salsas, puñados de pimienta y de acíbar en los guisos más delicados. En fin, el banqueté, que hasta entonces habíase deslizado sin el menor contratiempo, se trocó en un verdadero escándalo. ¡Qué de gritos y protestas! ¡Qué indignación la del anfitrión y la de los convidados!...

Talentino daba terribles puñetazos sobre la mesa, haciéndola retemblar como agitada por un terrible terremoto; Remilgona hacía mil aspavientos, y fue-

ron tales sus bascas y trasudores que poco faltó para que perdiera el sentido; y Golosín, rabioso porque no podía comer de todo, lloraba inconsolable, yendo a pagar su furor con los mozos de comedor, a los que de cuando en cuando, y como por vía de aviso, arrojaba los platos a la cabeza.

Cucufate, queriendo calmar el enojo de los soberanos, más muerto que vivo, anunció una salsa que había hecho con yema de huevo en honor del soberano, bautizándola con el nombre de *Crema Talentina*.

Salió Cucufate del salón y volvió en seguida sudoroso, cargado con una enorme salsera, que

bien podría tener su arroba muy cumplida del tan decantado manjar, y, cuando más cerca se hallaba del infante Golosín y éste palmoteaba prometiéndoselas felices, he aquí que el diabólico Mirabel atraviesa el bastón del maestro de ceremonias entre las temblorosas piernas de Cucufa-

de huevo, aceite y pimientos morderones, y hacía esfuerzos inauditos por librarse del enorme peso del recipiente, que parecía haber echado raíces en su egregia cabeza.

¡Era un cuadro desolador! Quedó, pues, el infantito completamente a la mayonesa, que



te, y éste cae sobre el infantito, volcando encima de su cabeza el gigantesco artefacto con todo su contenido.

El Rey, la Reina y cuantos presentes se hallaban, lanzaron un grito de espanto. Su Alteza el infantito, estaba materialmente sepultado entre una salsa espesa

no era otra la salsa de la catástrofe, y no pereció asfixiado gracias a la rapidez con que le prestaron auxilio los guardias de su escolta.

La reina Remilgona, víctima de un terrible patatús o, mejor dicho, pataleta, se agitaba sobre un sillón, mientras sus azafatas

se esforzaban por volverla el cho, el mago Serpentón, sin ser sentido con el aire de sus abanicos y el perfume de sus pomos de sales, en tanto que tres escuderos del Rey sacudían, por orden de éste, feroces puñetazos en las espaldas de Cucufate. Y el duende, dando saltos y cabriolas sobre las mesas, se reía sin cesar.

visto de nadie, extendió sobre las fuentes de aves, liebres y conejos su varita mágica, y, encantados, comenzaron a cantar los pollos, patos, faisanes y corderos, agitando sus alas y causando gran algarabía; los conejos y liebres, moviendo sus



—¡ Señor, perdón ; yo no soy culpable de este desaguisado ni de estos guisados ! (Pág. 46.)

Lleváronse al infantito a la orejas y arrugando sus hocihabitación que le tenían dispuesta, para que le cambiaran de ropa ; la Reina volvió en sí, y el Rey, con un apetito voraz, aunque de un humor endiablado, sentóse de nuevo a la mesa con todos sus cortesanos.

Pero no bien lo hubieron he-

quitos ; y, por último, una gran cabeza de jabalí que se hallaba en el centro de la mesa, excitando la gula de todos, se trocó en la de un hombre, e igual a la cabeza parlante de las ferias, hacía muecas al Rey, que la contemplaba espantado.



...y se la arrojó, pero con tan mala fortuna que, en vez de herir al duendecillo, fué a dar contra la nariz del soberano... (Pág. 47.)

Muchos no quisieron ver más y salieron del comedor como perseguidos por todos los diablos del infierno; otros quedáronse rígidos como estatuas de piedra, paralizados por el terror; la mayoría contemplaba el prodigio sumida en un creciente estupor. No hay por qué decir que casi todas las damas se desmayaron y que la reina Remilgona, cuya nariz el miedo había alargado de una manera alarmante, yacía de nuevo exánime entre sus azafatas.

—¡Que prendan a ese hombre!—dijo el Rey a su capitán de guardias y refiriéndose a Cu-

cufate—. ¡Es un hechicero malvado que nos ha querido envenenar, que ha puesto en peligro la vida del infante y que está haciendo burla de mi realeza con sus artes diabólicas! ¡Que le den suplicio, y doscientos palos de añadidura, y que lo ahorquen provisionalmente!

—¡Señor, perdón; yo no soy culpable de este desaguisado ni de estos guisados!—dijo Cucufate, cayendo de hinojos a los reales pies de Talentino, hecho un mar de lágrimas—. ¡Soy víctima de las añagazas de un duende enemigo mío, que está to-

mando venganza de mí en estos momentos!

—¡Qué brujas, ni qué duendes, ni qué dos cuartos de cominos se me importan a mí tus bellaquerías!— replicó al cocinero el monarca, asestándole una tremenda patada en lugar sea salvo—. ¡Mientes, pero no te vale! ¡Morirás en la horca, mentecato! ¡Que se lleven a este hombre!

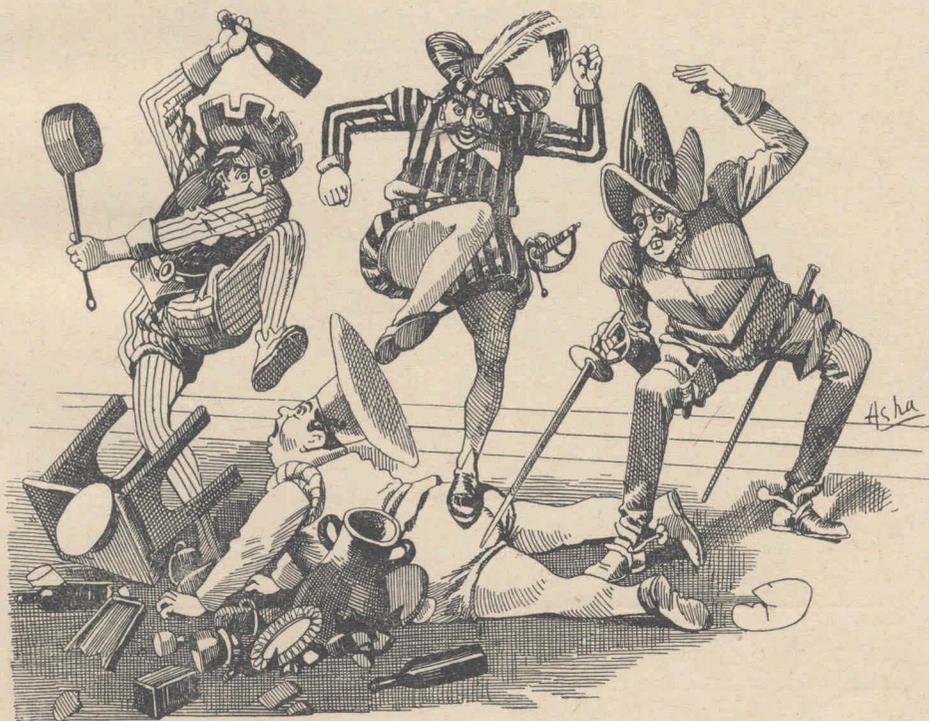
Iban a cumplir la orden del Rey, cuando el duende se hizo visible solamente para Cucufate, y desde lo alto de un florero comenzó a mofarse de su enemigo, haciéndole mil gestos ridículos.

Cucufate, sin poder contener-

se, cogió una voluminosa botella y se la arrojó, pero con tan mala fortuna que, en vez de herir al duendecillo, fué a dar contra la nariz del soberano, haciéndole caer al suelo desvanecido.

—¡Al regicida! ¡Al regicida!— gritaban los cortesanos, y a éste quiero, a éste no quiero, daban a Cucufate toda suerte de pellizcos, puñetazos, bofetadas, y con tal brío, que a punto estuvo que el pobre cocinero entregara su alma a Dios antes de que se cumpliera la justicia soberana. Después se lo llevaron casi a rastras al castillo de la ciudad, rodeado de una fuerte escolta.

Mientras tanto, el buen Palo-





...una gran cabeza de jabalí que se hallaba en el centro de la mesa, excitando la gula de todos, se trocó en la de un hombre... (Pág. 45.)

mo, deshecho en llanto, hacía protestas de que en aquellas brujerías y encantamientos, no tenía arte ni parte, y que su jefe de cocina sin duda debía tener pacto con el diablo.

No bien vuelto del síncope Talentino, y curada la regia nariz,

pondió el monarca—, pues aseguran que vuestra mesa es la mejor de la ciudad y vuestro palacio una maravilla.

Y dicho y hecho, el Rey y su Corte se trasladaron a casa del doctor Fausto. Allí se trocaron en gratas sorpresas, alegrías y



...la historia del duendecillo, que relatada queda, la cual hizo reír mucho a Talentino y fué muy celebrada por toda la Corte. (Pág. 50.)

que habíase quedado como una oblea, el Rey mostró deseos de acabar de comer, pero no en aquella hostería endiablada.

Fausto aprovechó esta ocasión para ofrecer a Talentino su mesa y su palacio.

—Lo acepto reconocido— res-

satisfacciones, todo lo que fueron peripecias desagradables, amarguras y sustos en la hostería de Palomo. ¡Aquello era un prodigio! El palacio resplandecía. Eran tantas las flores que llenaban sus salones, que parecían otros tantos jardines, y bajo sus

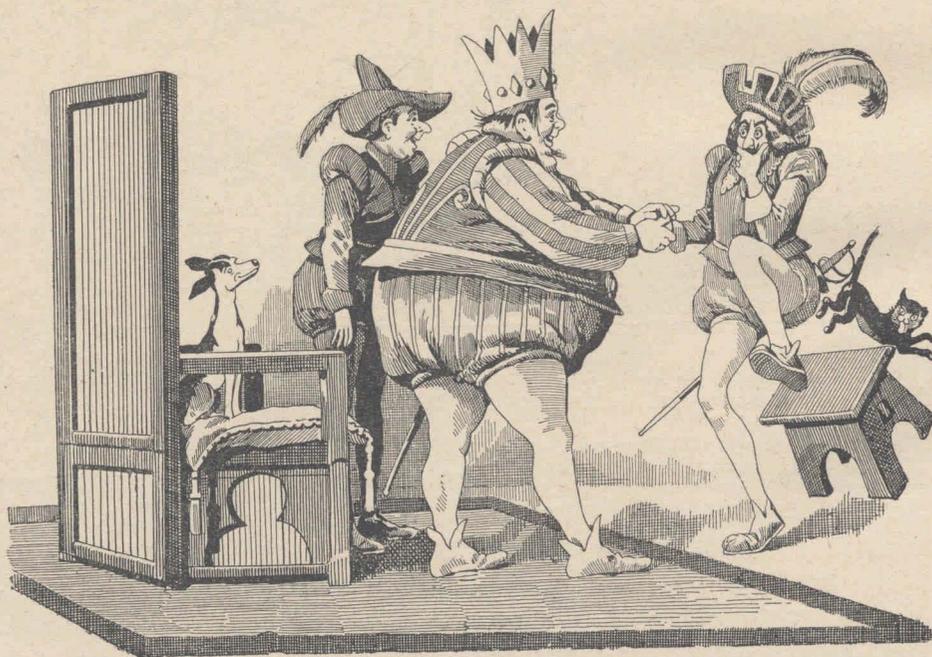
artesonados techos habíanse congregado las mujeres más bellas de Fanfarria, convirtiendo aquella mansión en otro Paraíso terrenal. En cuanto a la comida, fué exquisita, variada y abundante, y los vinos exquisitos, aromáticos y de un gusto celestial. Hubiérase dicho que aquel banquete lo habían preparado los ángeles del cielo si los ángeles se dedicaran a estos menesteres.

A los postres, una música delicada hizo las delicias de los concurrentes, y las más lindas artesanas de Fanfarria bailaron ante los soberanos, tejiendo su danza con cendales de ricas se-

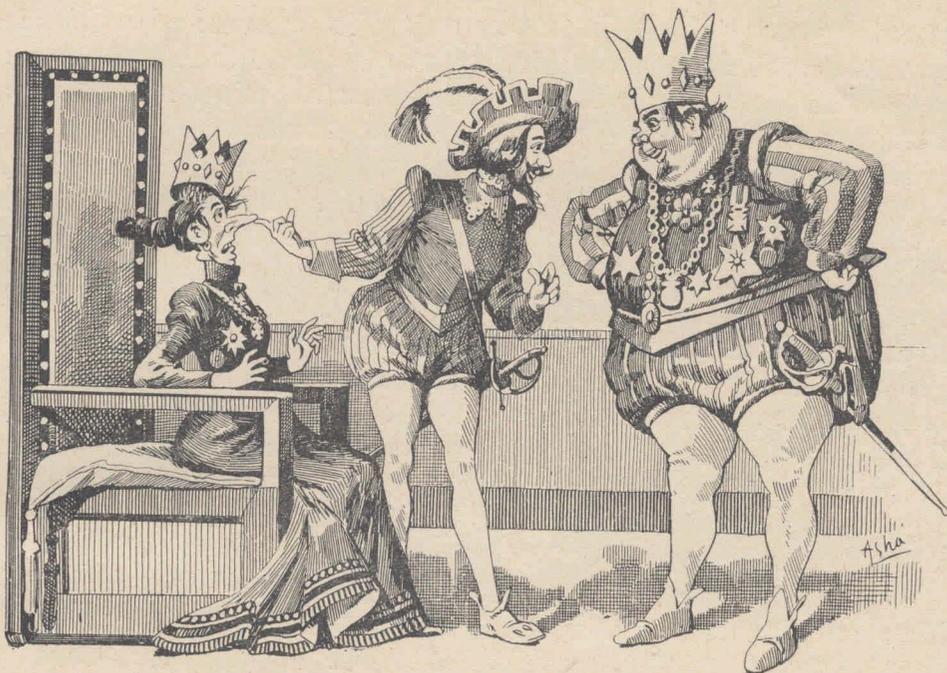
das y guirnaldas de las más bellas y olorosas flores.

En este momento aprovechó la ocasión Fausto para contarle al Rey la historia del duendecillo, que relatada queda, la cual hizo reír mucho a Talentino y fué muy celebrada por toda la Corte.

—Es gracioso, en medio de todo, cuanto ha ocurrido y más aún con el feliz término que ha tenido en tu palacio — dijo el Rey—. Pero más satisfecho estaría viendo a ese diabólico duendecillo, del que ¡libreme Dios! no tomaré venganza por sus burlas de esta mañana, pues más le quisiera por amigo que por adversario.



—¡Esto está muy bien!—exclamó Talentino, chocando su diestra con la del joven galeno. (Pág. 51.)



...¿qué hago?—preguntó compungido el monarca, viendo que el botellazo de Cucufate le había dejado completamente chato. (Pág. 52.)

—¡Pues, sea tu voluntad satisfecha, sabio rey Talentino! —respondió el duende apareciendo sobre la mesa, tan gracioso y lindo, que toda la Corte aplaudió al verle, llena de regocijo—. Y puesto que Vuestra Majestad está contenta, he de aprovechar esta feliz coyuntura para pedir tres gracias.

—Concedidas de antemano—respondió Talentino, que cuando comía a gusto era capaz de conceder el sol, la luna y las estrellas—. ¿Cuáles son?

—Primera. Que ordenes a Palomo otorgue al doctor Fausto la mano de su hija, aquí presente.

La jovencita se puso encendida como las amapolas.

—¡Suya es!—respondió Palomo en seguida, temeroso de que Fausto se volviera atrás.

Los dos amantes cambiaron una mirada de suprema felicidad.

—¡Eso está muy bien!—exclamó Talentino, chocando su diestra con la del joven galeno—. ¡Y no una, sino cien manos que hubiera tenido la muchacha, se las concedo yo a quien tan bien nos ha dado de yantar!

—Segunda—prosiguió Mirabel—. Que eximáis al buen Palomo de toda culpa, pagándole

cuantos gastos hubiera hecho para vuestra malhadada comida.

—¡ Concedido !—dijo el Rey—. Pero que conste que sólo le pagaré en cien plazos de un año cada uno.

—¡ Gracias, señor !—contestó Palomo, simulando gratitud, aunque en realidad estaba a punto de desmayarse a causa del disgusto recibido con tales noticias.

—Pero, en cambio—añadió Talentino—, os haré marqués de la Real Croqueta y conde de Guisa, que es un título que no le va mal a los cocineros.

—¡ Yo condesa !—exclamó Margarita, llena de júbilo.

—Y tercera y última petición—prosiguió el duendecillo—. Como el ejercicio del perdón embellece y eleva a quien lo otorga, os pido que perdonéis a Cucufate, del cual me considero suficientemente vengado.

—¡ Voto a Satanás ! No será sin que antes le arreen una veintena de palos para que guarde memoria de este día.

—Bien ; séanle dados, pero con mesura ; no pierda la vida, que

quiero la conserve para que sirva de aviso de tontos y ejemplo de discretos : es menester se sepa *que en este mundo no hay enemigo pequeño.*

—Y de mi nariz, y de mi pobre nariz, ¿ qué hago ?—preguntó compungido el monarca, viendo que el botellazo de Cucufate le había dejado completamente chato.

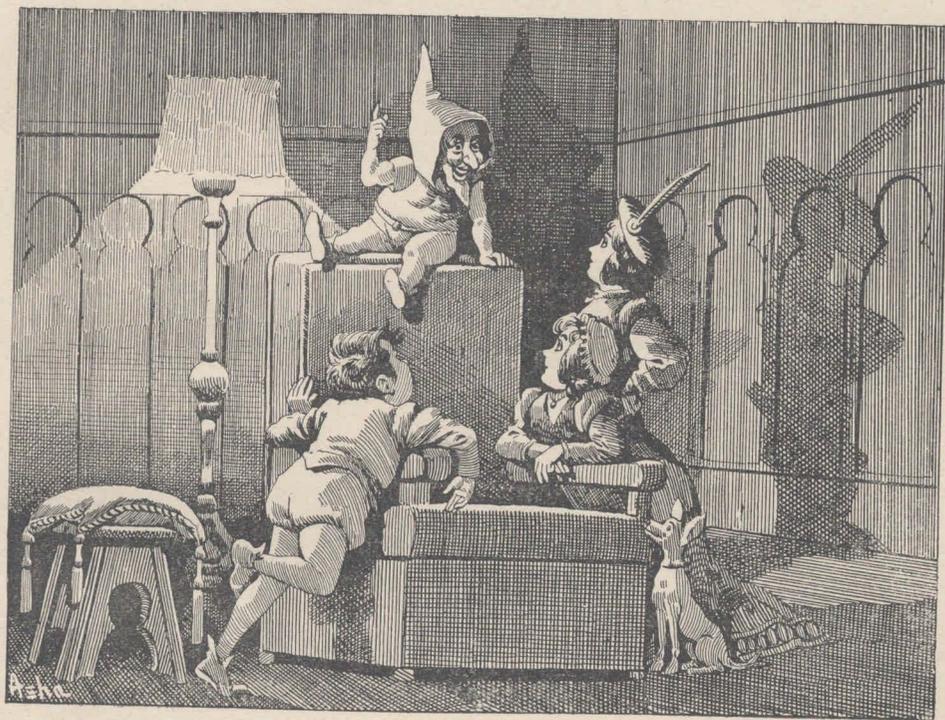
—Si me dais vuestro consentimiento—contestó Fausto—, os haré un injerto con algo de lo que le sobra de la suya a vuestra augusta esposa.

—¡ Peregrina idea, acepto !—exclamó Talentino, disponiendo del apéndice nasal de su señora como si fuera de su exclusiva propiedad—. ¡ Sois un genio ! Desde este momento os nombro mi médico y cirujano de cámara.

—¡ No, por Dios, Majestad !—exclamó el galeno, que sabía lo trapalón y trapisondista que era el monarca—. Soy hombre a quien asusta la pompa cortesana. Prefiero vivir y morir en este pueblo, ni envidioso ni envidiado...



Y así fué ; que allí vivió y tuvo muchos hijos, a los que el rió el doctor Fausto, en unión de duendecillo contó las más en su esposa la bella Margarita, la cantadoras leyendas del País de hija de Juan Palomo, con la que los Ensueños.



# BIBLIOTECA PARA NIÑOS

## TOMOS PUBLICADOS

- |   |   |   |
|---|---|---|
| Mi primera lectura.<br>Horas felices.<br>El mundo animal para niños.<br>El amiguito.<br>Escuela de animales.<br>Aventuras de animales.<br>Los niños de otros países.<br>El libro del nene.<br>Niños buenos y niños malos.<br>Cuentos para niños.<br>El país de las maravillas.<br>Cuentos de hadas.<br>El mundo maravilloso.<br>Mi libro favorito.<br>Episodios y aventuras.<br>Episodios de la Historia Sagrada. (Antiguo Testamento.)<br>Lecturas de la Historia Sagrada. (Vida de Jesucristo.)<br>Narraciones.<br>Tardes de Otoño. | El mundo de los niños.<br>Las tribulaciones de Metere.<br>Leedme.<br>Episodios de animales.<br>Los hijos del héroe.<br>El libro de las maravillas.<br>Historias de animales.<br>El libro de los niños.<br>Cómo juegan los niños de todo el mundo.<br>A B C. El libro de oro de los niños.<br>La hija de Juan Palomo.<br>El aventurero.<br>La ciudad del oro.<br>La isla desconocida.<br>El país de los antropófagos.<br>Los misterios de la selva.<br>Pirulete en el país del sueño y de la holganza. | Lecturas infantiles.<br>La voz de los niños.<br>Cómo viven los niños de otras razas.<br>Cómo trabajan y estudian los niños de todo el mundo.<br>Fábulas de Samaniego.<br>La nochebuena.<br>Robinson Crusóe.<br>Lo que puede más que el hombre.<br>Lo que somos.<br>Cuentos de los hermanos Grimm.<br>Las famosas aventuras de don Quijote.<br>Cuentos de Perrault.<br>Fábulas de Esopo.<br>Cuentos del abuelito.<br>En vacaciones.<br>Genoveva de Brabante.<br>Niños de todas clases. |
|---|---|---|

# BIBLIOTECA SELECTA

## VOLÚMENES PUBLICADOS

- |  |   |  |
|--|---|--|
| 1. El molino de los pájaros.<br>2. Corazones dormidos.<br>3. Flores de juventud.<br>4. La vanidosa Alicia.<br>5. El espadachín.<br>6. El heredero.<br>7. La fuerza del bien.<br>8. El sueño de Pepito.<br>9. Juegos y hazañas de animales.<br>10. Cuentos de Andersen. (Tomo 1.º)<br>11. Cuentos de Andersen. (Tomo 2.º)<br>12. La cabaña del tío Tom.<br>13. Robinson.<br>14. El teatro de los animales.<br>15. Verdades y fantasías.<br>16. Mimos de niña.<br>17. El instinto de los animales.<br>18. El amor y la guerra.<br>19. El premio gordo.<br>20. Un ministerio de animales.<br>21. La pícaro vanidad. | 22. Un Charlot del mundo animal.<br>23. Un experimento del doctor Ox.<br>24. Un drama en los aires.<br>25. Por mentir.<br>26. Rosina.<br>27. Paquito el explorador.<br>28. Desconocida aventura de Teresa Panza.<br>29. El Angel.<br>30. Ib y Cristina.<br>31. El último sueño del roble.<br>32. El cofre volador.<br>33. El tío «Cierra el ojo».<br>34. La virtud del borrico.<br>35. Fábulas de Iriarte.<br>36. En otros tiempos.<br>37. La campana.<br>38. Los forzadores del bloqueo.<br>39. Una ciudad flotante. (Primera parte.)<br>40. Una ciudad flotante. (Segunda parte.) | 41. Miguel Strogoff. (Primera parte.)<br>42. Miguel Strogoff. (Segunda parte.)<br>43. Las Indias negras. (Primera parte.)<br>44. Las Indias negras. (Segunda parte.)<br>45. El rigor de las desdichas.<br>46. Los huevos de Pascua.<br>47. La guirnalda de flores.<br>48. La Paloma. — El Canario.<br>49. El canastillo de flores.<br>50. El honrado Fridolin.<br>51. La «Granja de los Tilos».<br>52. Rosa de Tanemburgo.<br>53. El nido del pájaro.<br>54. La cruz de madera.<br>55. El Condesito.<br>56. La condesa Ida.<br>57. Héctor Servadac (1.º)<br>58. Id. id. (2.º)<br>59. El maestro Zacarías.<br>60. Martín Paz. |
|--|---|--|